



Implicaciones del 11 de septiembre de 2001

GUSTAVO PÉREZ R.*

RESUMEN



Desde una perspectiva cristiana, el autor analiza las implicaciones del acto terrorista, identificando lo negativo de la globalización como el común denominador que ahonda el abismo entre el Norte y el Sur, y entre los fundamentalistas islámicos y el Occidente cristiano. Concluye que la solución al terrorismo no se logra por la vía de las armas, sino reforzando la solidaridad y la convivencia intercultural y religiosa, con la inspiración del Evangelio y el liderazgo testimonial del Papa por la justicia y el ecumenismo.

Palabras claves: *Globalización, solidaridad, convivencia, ecumenismo, terrorismo.*

Abstract

From a Christian perspective, the author analyzes the implications of the terrorist act, pointing out, as a common denominator, the negative aspects of globalization, which deepens the rupture between North and South and between fundamentalists Moslems and the christianly inspired West. His conclusion is that the solution to terrorism can not be obtained through weapons, but by reinforcing the cultures of solidarity and intercultural and religious togetherness, with the inspiration

* Ph.D en Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Director-fundador del Instituto Colombiano de Desarrollo Social, ICODES, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: gperezr@ecuanex.net.ec

of the Gospel and the testimonial leadership of the Pope in favor of Justice and Ecumenism.

Key words: *Globalization, solidarity, living, together, ecumenism, terrorism.*

Los pocos meses transcurridos desde los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, no son suficientes para establecer la perspectiva histórica indispensable en un análisis de sus implicaciones y consecuencias. Perpetrado en nombre de Alá contra civiles inermes y edificios simbólicos del poder económico, político y militar de la mayor potencia que haya existido en el mundo, provocó una cruzada de represalia contra Afganistán y luego de feroz escarmiento en Guantánamo. De esta manera, la justicia se tornó venganza, en nombre del mismo Dios que Abrahám enseñó a venerar a unos y a otros.

Desde una perspectiva cristiana es posible, sin embargo, interpretar los signos de los tiempos, tratar de identificar un común denominador que apunte a las causas, y señalar el camino hacia la solución de fondo. Ésta no puede ser otra que la que ofrece Jesús, Salvador del mundo, convocando en particular a los cristianos a la solidaridad, y al ecumenismo: más que a la simple tolerancia, tan parecida a la guerra fría, a la convivencia cálida, en “fraternura y sororidad” (fraternidad y hermandad), según propone monseñor Pedro Casaldáliga, el obispo de São Félix do Araguaia, Brasil.¹

Como punto de partida, hay que poner en su justo contexto y dimensión el acto terrorista. No es un hecho aislado. Se enmarca en medio de otros terrorismos, no sólo individuales y de grupo, sino de Estado y de sistema, que preceden al 11 de septiembre. Como lo señala el obispo brasileño, el terrorismo del sistema, hoy de capitalismo neoliberal, es el terror económico y social para la mayor parte de la humanidad, sometida al hambre, a la marginación y a la desesperación.²

1. CASALDÁLIGA, PEDRO, *El mundo vuelve a empezar*, Carta circular de 2001, São Félix do Araguaia, Brasil, IMWAC: International Movement We Are Church, enero 7, 2002.
2. *Ibidem*.

El proceso de globalización puede ser el común denominador, tal como se va desarrollando en el mundo con sus catastróficas consecuencias. Está produciendo rupturas análogas a las tectónicas, no sólo en dirección horizontal, ahondando el abismo entre el Norte y el Sur económicos, sino verticalmente, entre los fundamentalistas islámicos y el Occidente cristiano con sus propios fundamentalismos.

La globalización no es mala en sí misma. Se trata de un proceso histórico, económico, social, cultural político, ecológico, irreversible a nivel planetario. Es consecuencia de la innovación humana y del progreso tecnológico ocurridos desde los años ochenta, cuando los adelantos tecnológicos comenzaron a facilitar y acelerar las transacciones internacionales comerciales y financieras, el desplazamiento masivo de la mano de obra y la transferencia de tecnología.

Tiene su parecido con el proceso de urbanización del siglo XVIII y XIX. Quienes no lo entendieron como fenómeno de desarrollo y se le opusieron invocando razones morales, quedaron al margen de la historia o causaron males difícilmente reparables, como los originados desde los púlpitos en oposición al inevitable éxodo rural que se llevó a cabo sin una evangelización adecuada del proletariado urbano naciente.

No hay que oponerse a la globalización *per se*, sino encauzarla, ponerla al servicio de la solidaridad humana, superando sus contradicciones. Lo malo de la globalización es el uso abusivo que de ella hacen poderes hegemónicos al servicio de las empresas multinacionales, que pretenden imponer la ley del mercado y la ideología neoliberal. Por eso se la ve como un paso más del capitalismo salvaje. Con la excusa de liberalizar el comercio, la Organización Mundial del Comercio crea las condiciones para que estas grandes empresas trasnacionales dominen la economía mundial, perpetuando la pobreza y la miseria y destruyendo el medio ambiente. Lo siniestro de la globalización ha contribuido a la polarización entre pueblos y culturas y ha galvanizado movimientos extremistas.

RUPTURA NORTE-SUR

Como consecuencia de globalizar la voracidad del lucro y el modelo consumista, en vez de una economía solidaria, el Norte económico y sus enclaves en el Sur se enriquecen cada vez más y amplían la brecha entre los

países ricos y los países pobres, y entre los sectores ricos y pobres dentro de cada nación. De acuerdo con las estadísticas que se difunden por todos los medios en 42 países -que representan casi el 90% de la población mundial-, el producto per cápita creció apreciablemente durante el siglo XX, mientras que la distribución del ingreso entre los países muestra hoy una mayor desigualdad que a comienzos del siglo. El Fondo Monetario Internacional reconoce que para la cuarta parte de la población mundial más rica, el producto interno bruto per cápita casi se sextuplicó durante el siglo XX, en tanto que para la cuarta parte más pobre no llegó a triplicarse. Las 356 personas más ricas del mundo disfrutaban de una riqueza que excede a la renta anual del 40% de la humanidad. Las estadísticas abundan, pero no se toman medidas para solucionar las contradicciones, que son muchas. Por ejemplo, que haya cerca de mil millones de personas sin empleo o subempleadas; 850 millones, desnutridas; que la mitad de la población mundial esté completamente excluida de la economía formal, obligada a trabajar en la economía informal del trueque y la subsistencia.

Esto produce rompimiento, no paz, y hasta terrorismo. Ante la toma de conciencia de estas inequidades, se ha formado el movimiento anti-globalización. Lo conforma un grupo heterogéneo, en el cual hay extremistas vociferantes que obstaculizan la posición constructiva del Foro Social Mundial. Desde su reunión en Porto Alegre, Brasil, a comienzos del 2001, éste se ha empeñado en construir un espacio alternativo para una globalización multipolar de la solidaridad; también se propone transformar los gestos de indignación en un movimiento organizado a escala global para acabar con el desempleo, la pobreza absoluta, el hambre, la discriminación, la dominación, las guerras, la concentración de la propiedad de la tierra, la alienación de las masas y la irracional destrucción del ambiente.

RUPTURA ORIENTE-OCCIDENTE

Por su parte, el islam también reacciona a los efectos siniestros de la globalización. Según Jeremy Rifkin, muchos musulmanes

...sienten que los valores que rigen sus comunidades están siendo pisoteados por las empresas globales. Ellos perciben una pérdida de coherencia y de significado en un mundo cada día más dominado por la producción cultural, las marcas, los logotipos y los tipos de vida corporativos. Tienen miedo, y con razón, de que se les imponga un tipo de vida empresarial o una especie de homogeneidad de pensamiento y actividad, y les preocupa que en este nuevo mundo se

pierda la esencia misma de lo que son. Quieren unos países islámicos sin tipos de economía occidental donde no desaparezcan sus valores y su santidad.³

Para Osama Ben Laden “el mundo ha sido dividido en dos. Parte de él está bajo el mando del jefe de los infieles (el presidente de Estados Unidos) y la otra parte está bajo la bandera del islam”. Lo consignó en mensaje que envió a través de la televisión árabe, en el cual acusa a Occidente de odiar al islam y de adelantar una “cruzada feroz” contra su religión. Su destino manifiesto ha sido el de crear el primer Estado islámico puro con sus soldados de Dios.

Los fundamentalistas islámicos, que aborrecen el consumismo y el hedonismo de Occidente como amenaza para su cultura y su fe, se sienten intoxicados por el estilo de vida liberal occidental, *Westoxicated*, según la expresión de Salman Rushdie. En las edificaciones de las torres gemelas de Nueva York y del Pentágono vieron símbolos del mal y desencadenaron el terror contra ellas. Se trata de una cruzada para destruir a Satán -a quien ven encarnado en América y en su sistema económico- e instaurar una sociedad teocrática en las tierras del islam, en especial, en Arabia Saudita, con miras al poder que les daría tener las mayores reservas de petróleo.

En el Corán, según los versados en el islam, hoy entrevistados a diario para la televisión, radio y prensa escrita, el poder pertenece a Dios: no sólo el religioso, sino el poder temporal. Entonces, la democracia como soberanía del pueblo es un sacrilegio para los fundamentalistas islámicos. Se reconoce que la sociedad musulmana se ha mostrado incapaz de formular una concepción moderna de la política y del gobierno, y que no ha logrado transitar hacia la sociedad moderna como lo hizo la europea durante el renacimiento. Y ha llegado a extremos, como el trato aberrante impuesto a la mujer, a quien se obliga a desaparecer tras la *burka*, y se la confina en su casa, sin poder educarse ni ejercer profesión alguna.

Entre tanto, Occidente (que practica otra forma de degradación de la mujer, al reducirla a la condición de objeto seductor, desnuda o semidesnuda en la propaganda comercial con el propósito de vender productos, desde jabones hasta automóviles) sigue penetrando con su tecnología y valores en el mundo oriental. En su afán de lucro no sería extraño que los petroleros

3. RIFKIN, JEREMY, presidente de *la Foundation on Economic Trends*, en Washington DC, autor de *Algeny*, New York: Viking, 1983, y *The Age of Access*, Penguin Books, 2001. Ver Revista *Resurgence* No. 207.

occidentales estuvieran dispuestos a aceptar un mundo islamizado con tal de seguir obteniendo beneficios, como dijo Umberto Eco en una entrevista televisada. Para él todos los incidentes derivan de la existencia de la globalización, y en este marco, los intereses y exigencias de las fuerzas en conflicto estarían estrechamente enlazados, como ya lo están, en una madeja que no se puede devanar sin destruir.

En las relaciones Norte-Sur, como en las de Oriente-Occidente, existen grupos fundamentalistas, tanto religiosos como de otra índole, de izquierda o derecha, dispuestos a usar el terrorismo como arma de lucha y en último término para imponer sus ideas.

No hay que olvidar que el terrorismo es poder, tanto como cualquier otro, camuflado por la cobertura de religión, pobreza, o explotación bajo la que suele ampararse. El terrorismo es una forma de dominación ejercida por medio de la violencia, la opresión, la ignorancia y la intolerancia; se fundamenta en sí mismo y en ninguna otra causa para administrar una fuente de poder muy concreta: el miedo. Quien lo aprende a administrar, adquiere poder. Lo practican a la perfección la ETA, los talibanes y las organizaciones armadas ilegales colombianas. De ahí su desprecio olímpico por la opinión pública. Intentan acumular poder, no por medios democráticos, sino creando el terror para doblegar las conciencias e imponerse.

Es una tarea indispensable construir alternativas contra el terrorismo. El juez Baltasar Garzón, magistrado de la Audiencia Nacional de España, describe muy bien, en un comentario difundido por el internet, cómo no debe y sí debe ser la alternativa:

...no es desde luego la militar, sino aquella que parte necesariamente del derecho mediante la elaboración y la aprobación urgente de una Convención Internacional sobre el Terrorismo que unifique los conceptos e incluya las normas que regulen los tipos de investigación y cooperación policial y judicial; que eliminen cualquier traba para la investigación en países o enclaves con opacidad fiscal; o la obligación de descubrir las cuentas, bienes y denunciar a sus titulares; la desaparición del principio de doble incriminación; la creación de un espacio único universal, lo que supone necesariamente la urgente ratificación del Estatuto de la Corte Penal Internacional, y la conceptualización del terrorismo como un crimen contra la humanidad perseguible bajo el principio de justicia penal universal; la desaparición de la extradición y su sustitución por la simple entrega de los responsables; la creación de una auténtica comunidad de inteligencia; la creación de un Observatorio Internacional sobre Terrorismo, y la ayuda a los países afectados para que amplíen sus recursos, no militares, sino humanitarios, culturales, económicos.

CONCLUSIÓN

Acabar con el terrorismo en las relaciones Norte-Sur, Oriente-Occidente implica fundamentalmente reforzar las culturas de solidaridad y de convivencia intercultural y religiosa.

Los cristianos tenemos la inspiración que proporciona el Evangelio -que señala el camino- y el liderazgo testimonial específico que del papa Juan Pablo II, tanto en cuanto a la justicia social como al ecumenismo, que comprometen nuestra ineludible responsabilidad.

Las culturas de solidaridad y de convivencia no son otra cosa que el amor evangélico. La doctrina social de la Iglesia lo traduce al lenguaje contemporáneo con amplia gama de posibilidades. Los cristianos estamos en mora de aplicarlas a fondo para establecer puentes entre el Norte y el Sur, el Occidente y el islam.

En gran parte, por nuestra culpa, el abismo sigue profundizándose en América Latina y entre el Occidente cristiano y el tercer mundo. Una falsa interpretación del camino que señala una teología de la liberación desvía del compromiso con las profundas transformaciones que requieren nuestros países para que haya justicia y paz, con la aplicación de reformas fundamentales, tales como la reforma agraria integral y la de los sistemas económicos, políticos y sociales.

Por otra parte, actitudes triunfalistas contrarias al espíritu profético desvían del camino de la convivencia y del ecumenismo que predica y practica su santidad el papa Juan Pablo II, el primero en ingresar a una sinagoga y a una mezquita consciente de que "judíos, musulmanes, cristianos, todos se remiten a Abraham...", quien no cesa de urgir la unión de las iglesias. Pero predominan falsas interpretaciones de la apologética que cierran el paso a la comprensión y al diálogo.

Si hay una lección que dejó el 11 de septiembre a escala planetaria, fue la necesidad de introducir la convivencia como valor fundamental en nuestras relaciones. Hasta empresas multinacionales lo entendieron, como la *Ford Motor*, segundo productor mundial de automóviles de los Estados Unidos. En Darvon, Michigan, donde está la mayor concentración de árabes americanos, convocó a sus trabajadores para estudiar la perspectiva islámica sobre los eventos del 11 de septiembre: asistieron centenares de trabajado-

res de muchas denominaciones religiosas, ingenieros, diseñadores, expertos en informática, supervisores y trabajadores en general.

Falta generalizar el estudio comparado de las religiones, el diálogo sincero interconfesional, el espíritu misionero que respete las culturas y predique con el ejemplo.

Esclarecedora resonó en la basílica de San Pedro, a la hora de la oración de los fieles durante la Misa de Gallo, la invocación que propuso para la Navidad una feligrés francesa:

¡Que nunca más el nombre de Dios sea utilizado para obras de muerte!

¡Que contribuyamos juntos, judíos, musulmanes y cristianos, a resolver pacíficamente los problemas y tensiones vinculados a la tierra, a la distribución de bienes, a la convivencia!

Este fue el espíritu del histórico Encuentro de Oración por la Paz convocado por el papa Juan Pablo II. Los doscientos líderes de las doce principales religiones del mundo reunidos con él, en Asís, el 24 de enero de 2002, junto con miles de fieles, dieron un extraordinario testimonio en favor de la paz. Cada uno asumió el compromiso de trabajar en defensa de la justicia, la dignidad humana y la paz y al unísono con el Papa proclamaron: “Nunca más violencia. Nunca más guerra. Nunca más terrorismo en nombre de Dios. Que cada religión traiga a la Tierra justicia y paz, perdón, vida y amor.”

Porque “la caída de las Torres Gemelas debería ser también la caída de unas escamas que empañan los ojos del Occidente cristiano frente al mundo árabe y musulmán”, como escribe el obispo Casaldáliga en su carta-circular, en la cual afirma que “sigue siendo la hora y quizás más que nunca de comprometerse proféticamente contra el dios neoliberal de la muerte y la exclusión y a favor del Dios del Reino de la Vida y de la liberación. Hay que sacar de la fe todo su jugo político. Hay que vivirla militantemente, transformadoramente. Hacer de la profecía una especie de hábito connatural -fruto específico del bautismo para los cristianos y cristianas- de denuncia, de anuncio, de consolación. La caridad sociopolítica es la forma de caridad más estructural. Va a las causas, no sólo a los efectos”.⁴

Porque, como dijo el Papa en Asís, “las tinieblas no se disipan con las armas, sino encendiendo focos de luz”.

4. CASALDÁLIGA, PEDRO, *El mundo vuelve...*